

Bill Jiménez

Hijos de la siega



EDICIONES ASTRÁGALO

Primera edición impresa: abril de 2017

© Guillermo Jiménez Muro, 2017

www.billjimenez.com

Fotografía de la cubierta: Daniel Bartolomé Bermúdez

Diseño de la cubierta: Estudio Discursiva

ISBN: 978-84-617-9665-6

Printed in Spain

Uno

El agente era un estereotipo. Un poli que pasaba de los cincuenta al que la falta de ambición había condenado a una vida de papeleo insulso. Vestía con orgullo y arrugas el uniforme azul marino de la policía de Tres Cruces y se permitía el lujo de quitarse la gorra mientras tomaba notas, no fuera que la intensa calefacción le achicharrara las neuronas. Porque calor hacía de sobras en aquel box de urgencias, allí donde me llevaron tras el aparatoso accidente que empotró mi coche en uno de los laterales de la litoral, justo a la altura de ese barrio de ricos jubilados llamado Las Colinas.

Me dolía la cabeza, el cuello y las muñecas. Detalles intrascendentes si tenía en cuenta el estado en el que había quedado mi coche.

—Así que no recuerda nada de lo ocurrido... —dijo el policía, evitando en todo momento el uso de la palabra amnesia. Al parecer, esta residía en el rincón de su cerebro donde vivían las excusas. Se rascó la sien con un la-

picero mordisqueado y continuar le tomó cierto tiempo. Mientras tanto, revisé mis pertenencias, reunidas en una bolsa de plástico. Asomaba la manga de una americana gris, una pieza de trescientos dólares que acostumbraba a sacar de paseo en mis citas trascendentes, convertida ahora en unas fibras cubiertas de barro y sangre seca.

—Sr. DeSoto —dijo el agente—, ¿qué es lo último que recuerda?

—Un golpe de volante y el impacto del airbag. Bueno, también recuerdo el traslado en ambulancia hasta el hospital. Por cierto, ¿adónde me han llevado?

—A Los Santos.

Los Santos estaba a diez minutos de trayecto en coche desde mi casa, ubicada en el paseo Marítimo de Tres Cruces. Las vistas del hospital eran buenas y las instalaciones lo bastante modernas como para sentirme a salvo de una negligencia médica. Aun así, la sala olía a rancio; probablemente, el resultado de combinar higiene con enfermedad o tener por vecino a un anciano que, aparte de expectorar sonoramente, engullía como caramelos las bolsas de suero.

Revisé mi cartera. Pude comprobar como todos mis permisos y documentos seguían dentro. Fue remover la ropa y el agente arrugó la nariz. Yo no recordaba en qué clase de estercolero me había revolcado para oler tan mal, pero la bolsa de plástico era una prueba. Saqué un juego de llaves del pantalón y se lo mostré al policía, que buscó una actitud sospechosa en mis movimientos. Yo estaba demasiado cansado para explicarle que no iba a sacar una pistola de la nada y cargarme al viejo de las toses. Intercambiamos miradas, supe que estaba al tan-

to del contenido y que, con sus preguntas rutinarias, no hacía otra cosa más que ganar tiempo para unos terceros que llegaban tarde.

—¿De qué se me acusa? —pregunté. Tal sinceridad le confundió. Necesitó aclararse la voz para continuar.

—Me han pedido que le retenga hasta nueva orden. Homicidios está en camino.

—¿Y qué muerto quieren cargarme? ¿Acaso atropellé a alguien antes de sufrir el accidente? ¿Alguna anciana que cruzaba en esos momentos la autovía? ¿Un ciervo?

El hombre enmudeció. Probablemente, ni sabía de la misa la mitad. Aproveché la pausa para ordenar mis pertenencias sobre la cama.

—No me lo ponga difícil, DeSoto. Recibo órdenes y no quisiera cumplirlas en este sitio. Sabe a qué me refiero.

—Claro que lo sé —le dije mientras estiraba el pantalón sin conseguir que luciera menos arrugado—. Fui policía, aunque eso ya debe saberlo. Hace mucho tiempo, pero no tanto como para olvidarme de vuestro modus operandi. Nunca me gustaron. Ni en su momento ni ahora; me disgustan, me insultan. Así que, mientras no exista una orden de arresto, mantendremos el pulso, incluso me aventuraré a salir de este edificio.

—No puede abandonar el hospital —dijo.

—Tranquilo, pagaré las facturas religiosamente.

—No me refiero a eso —dijo el agente antes de asumir que con palabras no iba a detenerme. Abandonó el box y se ganó la bronca de una enfermera. Tras recibir unos cuantos consejos acerca de lo que se debía o no se debía hacer en las urgencias de un hospital, echó mano

a su radio y buscó el consuelo de sus compañeros. Había llegado el momento de renunciar a la bata, a mi culo al aire, y recomponer el disfraz de investigador que me daba de comer.

Tuve tiempo de despedirme de mi compañero de habitación. Su respuesta fue una sonora tos. La enfermera que nos atendía no dio crédito a mi fuga y, armándose de valor y paciencia, corrió a cerrarme el paso. También quiso mostrarse autoritaria con los brazos en jarras y la actitud de un bulldog, pero si ni un policía había conseguido hacerme entrar en razón, dudaba mucho que lo consiguiera alguien que cobraba menos y trabajaba el doble.

—No está en condiciones de irse, señor... DeSoto —dijo tras leer el nombre en la pulserita de plástico con la que me marcaron al ingresar—. Al menos espere a que el Dr. Hazenberg llegue con su informe.

—¿Y dónde está el Dr. Hazenberg?

—Hasta las once no termina su ronda por planta. Le ruego que aguarde. Entendemos que esté nervioso, pero no está en nuestras manos darle el alta. Si quiere le puedo conseguir algo de comer o leer. Justo al final de este pasillo tenemos una sala de espera con televisión. Puede aguardar en ella hasta que el doctor llegue con los resultados de sus pruebas.

Sonó tan razonable que durante unos segundos la tentación de comportarse como un adulto se impuso al niño que había liberado. No muy lejos, el agente sufría un interrogatorio en sus propias carnes a manos de una mujer rubia aficionada a los estampados florales y los bolsos de imitación. Arrastraba un Louis Vuitton del

tamaño de una sandía y su rostro era una máscara de enternecedora congoja. El agente me delató con su índice y Rebecca cayó sobre mí, ahogándome en su melena y un dulce aroma a hierba fresca. Mis vértebras crujieron en respuesta a tanto cariño.

—¡Héctor! ¿Cómo estás? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Te encuentras bien? ¿Puedo ayudarte? —preguntó Rebecca. Su cautela me hizo sentir incómodo. Rebecca, el policía, la enfermera... entre todos lograron que reculara indefenso.

—No pueden quedarse aquí —nos informó un celador.

—Tiene razón —dije, y me llevé a los miembros de mi circo itinerante a la sala de espera. La enfermera retomó sus obligaciones y el agente aguardó tranquilo a que intercambiara noticias con mi chica. De vez en cuando echaba un vistazo al pasillo por el que, en teoría, iban a llegar los refuerzos.

—¿Dónde te has metido? Estaba muy preocupada. Estábamos. Tu abuela también, la llamé y tampoco sabía nada de ti. Tres días sin dar señales de vida... ¡y ahora esto!

Rebecca luchó contra la tormenta de sentimientos que sacudía su interior y salió vencedora. Como mucho, sus ojos se humedecieron en un conato de puchero.

Le expliqué la versión oficial del accidente y las lagunas que apuntaban a una amnesia temporal. Achaqué el resto de contusiones a la torpeza de los enfermeros que me rescataron y otras descripciones cómicas con las que logré que esbozara una sonrisa. Hacerla reír ya no era tan sencillo como al inicio de nuestra relación, dos

años atrás.

Conocí a Rebecca por casualidad, en un club de salsa propiedad de un cliente agradecido, y pese a sentirme más fuera de lugar que un tartamudo en un concurso de dicción, el ron se ocupó de que conversáramos e incluso que nuestras radicales visiones del mundo confluyeran en un lecho. El tiempo y varias discusiones sobre el futuro de nuestra relación me demostraron que a Rebecca no le asustaba el compromiso. Aparte, tenía muy claro que no pasaría de los treinta y cinco sin engendrar descendencia, con o sin vestido de boda de por medio.

A los treinta minutos aproximados, dos hombres más se sumaron a la espera. No eran médicos aunque a su manera también curaran enfermedades. Su bisturí era la justicia, una herramienta que en Tres Cruces llevaba años sin filo. La pareja de detectives se presentó y atendió a las explicaciones de su compañero, aliviado por el peso que sus hermanos mayores le quitaban de encima.

El detective de homicidios Andrew Hoydt se erigió portavoz de la pareja y repartió cordiales saludos entre los presentes. Estrechó con delicadeza la mano de Rebecca. Conmigo no pudo mostrarse tan caballeroso, ya que pasé de él y me dirigí directamente a la máquina de café, un armatoste casi tan viejo como el televisor de catorce pulgadas que colgaba de una esquina. En la pantalla, un grupo de periodistas entrevistaban por enésima vez a Arthur Adler, el magnate farmacéutico que, en menos de una década, había transformado Tres Cruces en la monstruosidad urbana que es.

—¿Cómo se encuentra, Sr. DeSoto? —preguntó Hoydt.

—Bien... en teoría. Los detalles tendrán que pedirlos a un tal Dr. Hazemberg.

Mi castigo por la descortesía fue un café aguado y una terrible necesidad de llevarme un cigarrillo a la boca. La versión oficial decía que lo estaba dejando, pero la verdad es que solo había reducido la dosis a medio paquete diario.

—Puedo esperar. ¿Alguien más quiere café?

Andrew Hoydt era un tipo paciente y demasiado cordial para el departamento en el que trabajaba. Cercano a los cuarenta sin aparentarlos, en sus iris azules había seguridad y en su traje marrón la posible mano de una esposa que velaba por su aspecto. Era un tipo elegante, de frente despejada, amplia mandíbula y una espalda que solo puedes desarrollar al nadar desde los quince. En cambio, su compañero, Rico Cantrell, era la antítesis de Hoydt, un puertorriqueño corpulento y desgredado que vestía como un matón de discoteca: chaqueta de cuero y mondadientes incluido. Telegrafaba sus nervios con un pie y comprendí que declinara la oferta de su socio.

—Paso —dijo con una voz rasposa como su barba de tres días.

—Yo tomaré un café solo —dijo el agente uniformado.

—Marchando un café solo. ¿Y usted, señorita...?

—Rebecca, Rebecca Martin... —dijo con lo que me pareció un atisbo de coqueteo—. Tomaré un té.

El detective asintió con una sonrisa y el té de Rebecca fue el primero en salir de la máquina. Apuesto, elegante, considerado... Hoydt era el hombre que Rebecca creía necesitar.

—Tanta paz me parece fantástica —dije—, aunque también agradecería una explicación. La poli me retiene, pero tampoco me acusa formalmente del supuesto delito que he cometido. ¿Qué pasa, chicos? ¿Qué es eso tan grave que estáis escondiendo?

—Te lo explicaremos cuando los médicos confirmen esa amnesia.

—No suelo eludir mis responsabilidades como un homicida de tres al cuarto, en cambio, si lo que buscas es que alguien te diga que no miento, entonces esperaremos a los doctores y ellos...

—Homicidio múltiple.

—Vaya... pues sigo sin acordarme.

—Entonces ¿por qué cojones preguntas? —intervino Cantrell.

—Pensé que el ejercicio me refrescaría la memoria —le dije. Era verdad. La amnesia resultaba tan frustrante como tener cien palabras en la punta de la lengua. Yo no iba a explicárselo, tampoco su compañero. Hoydt se mantuvo callado y degustó el café como si fuera un último capricho antes de una ejecución.

—Estoy harto de esperar —dijo Cantrell.

—Pobrecito... Yo llevo seis horas metido en este sitio. Me han sacado sangre, he meado en un vaso de plástico y ya he olvidado cuantas veces me han medido la tensión y la temperatura. Y por si fuera poco, me han hecho un par de radiografías y llevo casi una hora esperando a un médico que parece tener a su cargo a la mitad de los pacientes de este maldito hospital. Como te puedes imaginar, yo sí que estoy harto de esperar.

—¿Y en serio crees que me importa?

—Supongo que no, tan solo quería desahogarme.

Hoydt nos hizo un flaco favor al reírse. Cantrell se mordió el labio inferior y me pareció oír el crujido de sus nudillos al cerrar la mano. Le habría gustado jugar a los polis malos, intimidarme con un empujón e incluso darme alguna que otra bofetada. El lugar no era el adecuado. Resopló, su forma de dejar la deuda para otro momento. Rebecca, cándida pero a la vez consciente de lo cerca que había estado su novio de ganarse un puñetazo, acarició mi pelo. Por un instante pensó que podía domarlo.

—Cuidado, cariño —le dije a Rebecca sin apartar la vista de Cantrell—. No vayas a mancharte de sangre y, por relación de conceptos, te sumen a su lista de sospechosos.

—No seas ridículo —dijo Hoydt.

Andrew demostró ser inmune a mis sonrisas ladinas. El detective de homicidios daba rápidos sorbos a su café, dejando que sus ojos se asomaran por el borde del vaso en un evidente análisis.

—Tendré que ceder mi ropa a la ciencia —dije—, es muy probable que ni la mitad de toda esta sangre me pertenezca.

Hoydt asintió y arrojó el vasito de cartón a la papelera más cercana. Luego sacó un pañuelo y se limpió las comisuras, dejándose sorprender por los cuatro médicos que entraron en la sala enfrascados en una amena charla. En la identificación de uno de ellos rezaba el apellido Hazenberg.

—¿Cómo se encuentra, Sr. DeSoto? —preguntó el hombre sin alzar la vista de los papeles que sostenía.

—Dígame usted que tiene la sartén por el mango.

De su garganta brotó un sonido parecido a una risilla. Hazemberg era menos viejo de lo que aparentaba: una víctima más del horario nocturno. Era de constitución pequeña, escuálida, y sus redondas gafas no ayudaban mucho al ratonil conjunto; también era competente, demostrándolo con una rápida exposición del problema que nos había reunido en Los Santos.

Según Hazemberg, mi amnesia era común: la triste consecuencia de sucumbir ante las leyes de la física a más de cien millas por hora. Mi cerebro andaba en perfectas condiciones y progresivamente recuperaría la memoria.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando? —pregunté por todos.

—El cerebro es un terreno delicado, nunca se sabe. Días, semanas, puede que meses. Incluso podría darse el caso de que esos recuerdos nunca vuelvan y que ni usted mismo los eche en falta.

Miré a Hoydt, que se hacía el ocupado examinando unas radiografías. A Cantrell, sentado tras él, el diagnóstico le hastiaba por predecible, como un presagio.

—¿Qué son estas marcas a la altura del occipital? —preguntó el detective.

—Magulladuras. Las tenía cuando ingresó —El doctor se acercó para palparme la nuca. Tras confirmar que todo seguía en orden, siguió con la explicación—. El Sr. DeSoto llegó con numerosas contusiones. Alguien le propinó una buena tunda antes de que, si me permiten la puntualización, en un acto imprudente decidiera emplear su coche.

—Si me estaban dando una paliza, no me parece tan

imprudente —dije.

—¿Encontraron algo en la sangre? —dijo Hoydt.

—Nada, ni una gota de alcohol.

—Héctor casi no bebe —indicó Rebecca.

—Héctor está presente y sabe hablar —dije—. Se supone que soy la estrella de esta función, al menos dejadme responder.

Me cedieron la palabra.

—No bebo —dije.

Hoydt le pasó las radiografías a Cantrell y este las revisó con aires de entendido. Nada más devolvérselas dijo: —Son marcas de dedos.

—Sí... —dijo su compañero.

Hazemberg recuperó las instantáneas y las escrutó por última vez, preguntándose cómo no se le había pasado por la cabeza. Cambió de tema antes de que los detectives echaran más tierra sobre su trabajo.

—Ni órganos dañados ni hemorragias internas. Estire los brazos —dijo Hazemberg—, tóquese la nariz...

—Le he dicho que no bebo.

—Solo compruebo su coordinación.

—¿Y qué tal?

—En orden —dijo Hoydt.

—¿Qué más ha sentido? ¿Mareos? ¿Cefaleas? —preguntó el buen doctor.

—Me duele la cabeza y sigo desorientado. También tengo problemas para concentrarme, nada grave. Al menos todavía puedo contar hasta diez.

Cantrell resopló, demasiadas réplicas ingeniosas para un paladar acostumbrado a ir al grano.

—Tú me entiendes —le dije—. Sabes lo que es vivir

con pocas luces.

Hoydt interceptó a su compañero antes de que cayera sobre mí y me estampara contra la pared más cercana. Le pidió que aguardara fuera y, si se veía con ganas, sacara su coche del estacionamiento. Rico tomó las llaves sin despedirse.

—Discúlpenlo, está pasando por un mal momento —dijo Andrew.

—No te engañes —dije—, me apuesto lo que quieras a que ese tío vive en un constante mal momento. En mis tiempos, a los polis matones los desterraban a narcóticos o cualquier otro departamento donde le bajaran los humos.

—Desconfío de la mano dura, Stravaganza dice...

—No... Stravaganza no... No me digas que trabajas para el gordo.

—Sí, fue él quien nos asignó el caso. En otras circunstancias habría bastado con un patrullero y unas esposas, pero tras enterarse de tu aparatoso accidente, algo debió removerse en su interior para que te tuviera en tanta consideración.

—¿Consideración? Poco lo conoces. El tipo no ha tenido consideración alguna en su vida. Ni hacia sus hombres ni hacia un sospechoso de homicidio... ¿múltiple, dijiste?

—Nadie ha dicho que seas sospechoso, Héctor. Por favor, relájate.

—¿Tú te relajarías en mi situación? Dime, ¿cómo de tranquilo estarías si supieras que andas en un lío que ni tan siquiera recuerdas? Esta sensación es un maldito querer y no poder, una impotencia que ha empeorado

desde que llegasteis. Si no estoy en el banquillo de los acusados, es que estoy entre los testigos, y si necesitáis testigos, es porque la persona que mató a esa gente sigue libre. Podría ser cualquiera de las personas que se me han acercado desde que desperté en este puto hospital. ¡Cualquiera!

Hoydt estaba en lo cierto, no podía culparle de mis males, aun así lo hice. Su único pecado, a ojos de los demás una virtud, fue tomarse la rabieta con paciencia. Hazemberg vio en mi reacción un detalle que se le había escapado en anteriores exploraciones.

—Disculpe, ¿le sorprende este genio? —le preguntó a Rebecca. Sin reproche, solo por necesidad de completar el puzle que estaba componiendo en su cabeza.

La responsabilidad sobresaltó a Rebecca y a la respuesta le precedió un balbuceo. Temía que cualquier cosa que dijera me haría estallar de nuevo. Armándose de valor, dijo: —No, creo que está más nervioso que de costumbre. Nunca discute. Héctor no acostumbra a alzar la voz, es más, detesta a la gente ruidosa.

—Entiendo... No quería preocuparla. Estos arranques de ira son normales; las víctimas de un accidente o catástrofe tienden al estrés, a dormir mal y a responder exageradamente a estímulos que, en otras circunstancias, pasaríamos por alto. Es un mal pasajero de causas desconocidas y al que influyen infinidad de factores. ¿Es la primera vez que se ve en una situación de estas características?

—No, el historial de la familia DeSoto está lleno de accidentes de tráfico —respondí—. Mi abuela hundió en una ocasión un carrito de golf en un banco de arena

y mis padres murieron al quedar su coche atrapado entre dos camiones. Yo también iba dentro, tan solo me rompí una pierna; la verdad que ha llovido mucho, no recuerdo los detalles. ¿Le parece suficiente?

Las reacciones a la historia fueron diversas, aunque predominó el silencio. Me levanté y arrojé el café a la papelera.

—¿Algún consejo más? —pregunté a Hazemberg mientras me arreglaba el nudo de la corbata.

—Le derivaré a un psiquiatra. Él...

—Alto, doctor —dije—. Ahórreselo.

—Claro que puede vivir sin él, pero no del mismo modo. Los progresos que su cerebro haga en manos de un profesional no pueden compararse a los que usted alcanzaría por su cuenta.

—Paso de ansiolíticos. Al menos, hasta que confirme su teoría de los nervios y las noches en vela.

—Yo únicamente sugiero; la decisión final siempre será suya.

La visita finalizó con el buen doctor lavándose las manos a lo Poncio Pilatos. Hazemberg delegó en otros el papeleo que le desligaba de un paciente difícil y harto de su estancia en Los Santos. En el fondo, tampoco me hacía gracia abandonar el hospital y caer en los brazos de Stravaganza.

—¿Estarás bien? —me preguntó Rebecca.

Le pasé un brazo por encima del hombro y abandonamos el recinto de urgencias.